Adaptación del texto original para la cátedra de Enfoques de la Comunicación Digital
Tecnicatura en Comunicación Digital Convergente – Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales – Universidad Nacional de Jujuy

Gobernabilidad algorítmica y perspectivas de emancipación: ¿lo dispar como condición de individuación mediante la relación?

Antoinette Rouvroy y Thomas Berns

Hoy en día se recolectan cantidades enormes de datos (los famosos "big data") sobre lo que hacemos, compramos o buscamos, y con esos datos se pueden hacer cruces y análisis automáticos cada vez más sofisticados. Esto abrió la posibilidad de dejar de pensar en términos de "promedios" o de lo que es "normal" para entender a la sociedad: bastaría con dejar que los datos "hablen por sí mismos", de manera directa y en tiempo real. Esta forma de usar la estadística se presenta como algo neutral y objetivo, y hoy funciona detrás de muchos sistemas automáticos que personalizan servicios de salud, trámites, publicidad o seguridad según cada persona. Lo que hay que evaluar es si esta manera de usar los datos realmente refleja cómo funciona la sociedad "tal cual es", o si en realidad termina imponiendo sus propias reglas invisibles, sin que podamos verlas ni discutirlas, porque quedan traducidas en números que ya no se entienden como normas sociales.

Esto no significa que estos sistemas funcionen solos, sin intervención humana: siempre hay personas y empresas detrás, con intereses de seguridad, marketing o entretenimiento. La cuestión es otra. Estos sistemas ya no organizan la información según convenciones compartidas y discutibles, como hacía la estadística tradicional, sino que arman perfiles y relaciones entre datos sueltos, sin referencia a ningún promedio ni norma común. Esto rompe con la idea clásica de que la estadística es una construcción social y política, siempre abierta al debate. Como resultado, en lugar de generar un espacio público compartido, estos sistemas terminan personalizando tanto la información que cada persona queda encerrada en su propia burbuja, lo que puede favorecer opiniones cada vez más extremas y debilitar la experiencia y el debate colectivos. Para analizar esto, conviene estudiar primero cómo funciona esta "estadística determinativa" en tres pasos, ver cómo va dejando de lado a los sujetos individuales para crear una especie de "doble estadístico" de las personas, y después mostrar cómo el gobierno algorítmico termina enfocándose no en los individuos sino en las relaciones entre datos, lo cual termina siendo un obstáculo para que cada persona pueda desarrollarse como sujeto singular.

Los tres tiempos de la Gobernabilidad Algorítmica

Cosecha masiva de datos y constitución de datawarehouses (almacenes de datos)

El primer tiempo es el de la cosecha y de la conservación automatizada de cantidad masiva de datos no cribados, lo que se puede llamar la data-vigilancia constitutiva del *big data*. De hecho, los datos son disponibles en cantidades masivas, proviniendo de diversas fuentes. Los gobiernos los cosechan con propósitos de seguridad, control, gestión de recursos, optimización de gastos...; las empresas privadas recogen cantidades de datos con propósitos de *marketing* y de publicidad,

individualización de las ofertas, mejora de su gestión de stocks o de sus ofrecimientos de servicios, esto es, con vista a acrecentar su eficacia comercial y, por ende, sus ganancias...; los científicos colectan datos con fines de adquisición y mejora de sus conocimientos...; los individuos mismos comparten benévolamente "sus" datos en las redes sociales, los blogs, las *mailing lists*, ...y todos esos datos quedan conservados bajo forma electrónica en "almacenes de datos", con capacidad de almacenamiento virtualmente ilimitada, y potencialmente accesibles, en todo momento, desde cualquier ordenador conectado a internet, sea cual sea el lugar del globo donde se encuentre. El hecho que esos datos estén cosechados y conservados en lo posible por defecto, que estén desligados de todo verdadero conocimiento de las finalidades perseguidas por esa colecta de información, o sea, del partido sacado de su correlación con otros datos, que consistan en informaciones abandonadas antes que cedidas, huellas dejadas y no datos trasmitidos, por tanto nunca percibidos como "robados", asimismo que se vean sin duda nimios y dispersos, todo eso propicia la evacuación o, mínimamente, el solapamiento de toda finalidad, así como la minoración de la implicación del sujeto, y, por lo tanto, del consentimiento que pueda dar a esa comunicación de informaciones: parece que aquí nos estamos moviendo lo más lejos posible de toda forma de intencionalidad.

Así, estos datos aparecen como constitutivos de un comportamentalismo[1] numérico generalizado (Rouvroy, 2013), por cuanto expresan ni más ni menos que las múltiples facetas de lo real, desdoblándolo en su totalidad pero de manera perfectamente segmentada, sin producir sentido colectivamente sino como desdoblamiento de lo real. Este nos parece ser el fenómeno más nuevo; trátese de conservar la huella de una compra, de un desplazamiento, del uso de una palabra o de una lengua, cada elemento está retrotraído a su más bruta naturaleza, es decir, abstraído del contexto en el que se ha producido y, al mismo tiempo, reducido a "dato". Un dato es una señal expurgada de toda significación propia -y es a ese título, por supuesto, que toleramos dejar esas huellas-, pero también es lo que parece asegurar su pretensión a la más perfecta objetividad: tan heterogéneos, tan poco intencionados, tan materiales y tan poco subjetivos, ¡tales datos no pueden mentir! Cabe subrayar aquí el hecho de que la evolución misma de las capacidades tecnológicas refuerza esa suerte de objetividad del dato que se libra de toda subjetividad: de ahora en adelante, nuestros programas son capaces de reconocer las emociones, de plasmarlas en datos, de traducir los movimientos de un rostro, las coloraciones de una piel en datos estadísticos, por ejemplo para medir lo atractivo de un producto, el carácter (sub)-óptimo de la disposición de las mercancías en un mostrador, igual que el carácter sospechoso de un pasajero. Interesa que la característica principal de tales datos sea la de ser perfectamente anodinos, poder permanecer anónimos y ser no controlables. A ese título, se los abandona sin repugnancia ya que carecen de sentido (siempre y cuando no están puestos en correlación), son mucho menos intrusivos que una tarjeta de fidelidad, y, a la vez, parecen no mentir, es decir que se les puede considerar como ¡perfectamente objetivos! Inocuidad y objetividad que se deben ambas a una especie de evitación de la subjetividad.

Tratamiento de datos y producción de conocimiento

El segundo tiempo es el del *datamining* propiamente dicho, o sea, el tratamiento de esas cantidades masivas de datos de manera tal que surtan correlaciones sutiles entre ellos. Nos parece fundamental insistir en que nos encontramos aquí con la producción de un saber (saberes estadísticos constituidos de simples correlaciones), a partir de informaciones no cribadas, por tanto perfectamente heterogéneas. Producción de saber automatizada, esto es, que pide un mínimo de intervención humana. Más aún, que obvia toda forma de hipótesis previa (mientras que la estadística tradicional "verificaba" una hipótesis), o sea que, nuevamente, evita toda forma de subjetividad. Lo propio de lo que se llama el *machine learning* es, a fin de cuentas, posibilitar directamente la producción de

[1] Conductas observables y medibles.

hipótesis a partir de los datos mismos. De tal suerte que topamos, nuevamente, con la idea de un saber cuya objetividad puede parecer absoluta, por estar alejado de toda intervención subjetiva (de toda formulación de hipótesis, de toda criba entre lo pertinente y lo que tan solo sería "ruido", etcétera). Las normas parecen surgir directamente de lo real mismo. Normas o "saberes" constituidos, sin embargo, "tan solo" por correlaciones, lo que en sí no es un problema siempre y cuando se guarda en mente, y es la condición misma de un ethos científico y de un ethos político, abrigar cierta duda, mantener cierta desconfianza respecto del alcance de las correlaciones, cuidar la distinción entre correlación y causa, desconfiar de los "efectos" auto performativos de las correlaciones (su capacidad retroactiva), procurar que decisiones que producen efectos jurídicos sobre las personas o que las afectan de manera significativa no se tomen únicamente en base a un tratamiento de datos automatizado, y considerar que lo propio de la política (en particular el celo por mutualizar los riesgos), es el negarse a actuar solo en base a correlaciones. Cabe recordar esto de cara a la evolución hacia un mundo que parece funcionar, cada vez más, como si fuera constituido él-mismo de correlaciones, como si estas fueran lo que basta establecer para asegurar su buen funcionamiento.

Acción sobre los comportamientos

Para entender bien en qué consiste el perfilaje algorítmico del que hablamos aquí, es preciso percibir la diferencia crucial entre, por un lado, la información a nivel individual, casi siempre observable o perceptible por el individuo, y, por otro lado, el saber producido a nivel del perfilaje, casi nunca perceptible por los individuos, tampoco disponible para ellos aunque aplicado de manera a inferir un saber o previsiones probabilistas sobre sus preferencias, intenciones, propensiones que, de otra manera, no quedarían manifiestas (Otterlo, 2013).

El tercer tiempo es el del uso de esos saberes probabilistas estadísticos a fin de anticipar los comportamientos individuales reportados a perfiles definidos en base a correlaciones descubiertas por *datamining*. Este tiempo de la aplicación de la norma a los comportamientos individuales, cuyos ejemplos más evidentes son perceptibles en las más diversas esferas de la existencia humana (obtención de cierto crédito, decisión de intervención quirúrgica, tarificación de un contrato de seguro, sugerencia de compras específicas en sitios de venta en línea) nos concierne menos aquí, salvo para notar: primero, que la eficacia predictiva será cuanto más grande que fruto de la agregación de datos masivos, o sea, de datos "sencillamente" a la altura de la diversidad de lo real mismo; segundo, que esta acción por anticipación sobre los comportamientos individuales podría, en adelante, limitarse cada vez más a una intervención sobre su entorno, más aun siendo el entorno reactivo e inteligente, o sea, siendo él mismo que, por la desmultiplicación de los captores, cosecha datos en tiempo real, los transmite y los trata para adaptarse continuamente a necesidades y peligros específicos; lo que ya es el caso, al menos durante esa parte importante de la vida humana en que los individuos están conectados. Conque, nuevamente, se obvia toda forma de presión directa sobre el individuo para privilegiar que, a nivel mismo de su entorno, su desobediencia (o ciertas formas de marginalidad), se vuelvan siempre más improbables (en la medida en que quedarían siempre ya anticipadas). Tercero, el perfil "vinculado", al comportamiento de un individuo, podría serle adaptado de manera perfectamente eficaz por la desmultiplicación de las correlaciones empleadas y, todavía, podría parecer obviar el uso de toda categoría discriminatoria y, más aún, podría tomar en cuenta lo más particular, lo más alejado de los grandes números y de las medias, en cada individuo. Total, nos hallamos frente a la posibilidad de una normatividad en apariencia perfectamente "democrática", carente de toda referencia a clases y categorías generales, la ceguedad de los algoritmos respecto de las categorizaciones socialmente experimentadas (sociales, políticas, religiosas, étnicas, de género,...) es, por lo pronto, el argumento recurrente que blanden aquéllos que son favorables a su despliegue en sustitución de la evaluación humana (en los aeropuertos por ejemplo) (Zarky, 2011). El *data mining* y el perfilaje algorítmico, en su relación aparentemente no selectiva con el mundo, parecen

considerar la totalidad de cada real hasta en sus aspectos más triviales e insignificantes, poniendo todo el mundo en plan de igualdad el hombre de negocios y la señora de la limpieza, el Sikh y el Islandés. Ya no se trata de excluir lo que se sale de la media, sino de evitar lo imprevisible, de hacer que cada uno sea verdaderamente uno mismo.

¿Un gobierno sin sujeto, pero no sin diana?

Los tres momentos que describimos antes (recolectar datos, cruzarlos y usarlos para anticipar comportamientos) en realidad se mezclan todo el tiempo, y justamente por mezclarse funcionan con más fuerza: cada vez ocultan mejor sus objetivos, se alejan cada vez más de cualquier intención humana visible y se ajustan cada vez mejor a nuestra vida real. A esta forma de gobernar a través de datos masivos la llamamos gobernabilidad algorítmica: un tipo de poder que ya no se apoya en normas ni en decisiones políticas explícitas, sino en recolectar y analizar datos automáticamente para prever y moldear de antemano nuestros comportamientos posibles. A diferencia de la estadística clásica, que pensaba en el "hombre medio", esta nueva forma parece dirigirse a cada persona de manera individual, a través de un perfil que se actualiza solo, en tiempo real. Pero esa "personalización" no funciona porque nos pida permiso: funciona porque asumimos, sin darnos cuenta, que estamos de acuerdo con ella. El resultado es que dejamos de tener ocasión de cuestionar o poner a prueba lo que estos sistemas deciden sobre nosotros: no nos interpelan como personas capaces de pensar y responder por nosotras mismas, sino que nos rodean y nos leen a partir de datos mínimos que, sumados, arman un perfil. Como estos sistemas se retroalimentan todo el tiempo con cada uso, cualquier error se corrige al instante y nunca se convierte en una verdadera crisis del sistema.

Que estos sistemas anticipen nuestros comportamientos no debería sorprendernos demasiado, pero sí conviene notar algo paradójico: para reducir la incertidumbre, confiamos cada vez más en máquinas que no tienen intenciones ni le dan sentido a lo que pasa, sino que simplemente cruzan datos. Así, cada hecho deja de pensarse como un acontecimiento único y pasa a ser solo una combinación más de datos, desconectada de toda historia o proceso. Por eso puede decirse que el poder, en este esquema, ya no actúa sobre nuestro cuerpo ni apela a nuestra conciencia moral (como hacía el poder tradicional), sino que actúa a través de los múltiples “perfiles” que se nos asignan automáticamente, según las huellas digitales que vamos dejando. Esto encaja con una idea del filósofo Michel Foucault: hay formas de poder que no buscan poner límites fijos, sino más bien regular y permitir circulaciones (de personas, de mercancías, de información). Que el poder actúe ahora mediante números en vez de cuerpos no quiere decir que las personas se reduzcan solo a datos. Significa que ya no se nos interpela principalmente por nuestra capacidad de pensar o decidir, sino por los perfiles que se nos atribuyen (de consumidor, de posible sospechoso, de estudiante prometedor, etc.).

Esta situación genera una tensión difícil de resolver. Por un lado, parece que esta época celebra al individuo, porque los servicios se ajustan cada vez más a las necesidades particulares de cada persona gracias a estos sistemas estadísticos. Por otro lado, esa misma época parece poner en riesgo al individuo, porque su intimidad, su autonomía y su capacidad de decidir por sí mismo quedan amenazadas, al punto de que algunos hablan de una posible “desaparición del sujeto”. Frente a esto, la postura que se sostiene acá es que ambas ideas -que el individuo está en el centro de todo, o que el individuo está desapareciendo- son igual de equivocadas. A partir de aquí se busca explicar por qué.

¿Es la personalización realmente una forma de individuación?

Empresas como IBM o Google presentan el marketing "personalizado" como una revolución en la que el consumidor pasa a estar en el centro de todo, casi sin necesidad de expresar sus deseos porque las plataformas ya los conocen de antemano. Pero esta "personalización" en realidad se parece más a una segmentación de mercado ultra precisa que a una verdadera consideración de lo que cada persona quiere o necesita: en el fondo, el objetivo no es adaptar la oferta a los deseos de las personas, sino adaptar los deseos de las personas a la oferta. Un ejemplo claro es el de los precios que cambian según el perfil de cada usuario: si un sitio de pasajes aéreos detecta que alguien busca varias veces un mismo vuelo, puede subirle el precio porque interpreta que esa persona "necesita" ese pasaje y está dispuesta a pagar más; si la misma persona cambia de dispositivo o de conexión, puede volver a ver el precio original. Esto muestra que estos sistemas no respetan los deseos singulares de cada consumidor, sino que detectan patrones de comportamiento para provocar una compra rápida, casi como una respuesta automática a un estímulo, sin darle a la persona tiempo para pensar o formar realmente un deseo propio.

Esta lógica termina afectando algo más profundo que el consumo. Al basarse en datos que no necesitan tener un "sentido" para funcionar, estos sistemas dejan de necesitar que nos comuniquemos entre nosotros a través del lenguaje o de significados compartidos, y actúan directamente sobre reacciones automáticas, casi antes de que pensemos conscientemente. Algunos autores relacionan esto con la idea de "proletarización": así como antes las máquinas fueron reemplazando el saber manual de los trabajadores, hoy estos sistemas van reemplazando nuestra capacidad de decidir y de pensar, estandarizando comportamientos a través del marketing sin que la mayoría de las personas entienda cómo funcionan estos mecanismos por dentro. Otros autores describen este fenómeno como una forma de "servidumbre maquínica": en lugar de convencernos con discursos o ideas (como hacía la publicidad tradicional), estos sistemas actúan directamente sobre nuestras emociones y reacciones automáticas, conectándose casi directamente con nuestro sistema nervioso y afectivo, sin pasar por la reflexión consciente ni dirigirse a nosotros como sujetos capaces de pensar y decidir.

Las paradojas de la personalización: un gobierno sin sujetos que igual nos hiper-expone

No es tan evidente que estos sistemas hagan que perdamos nuestra condición de sujetos o que pongan en peligro al individuo: de hecho, las redes sociales muchas veces generan lo contrario, una especie de "híper sujetos" para quienes producir y mostrar su propia subjetividad se vuelve una actividad central. Las leyes de protección de datos personales se enfocan en defender la intimidad y evitar que se filtre información sensible, pero el verdadero problema no pasa por ahí: a la gobernabilidad algorítmica en realidad no le importan los individuos como personas singulares, le alcanza con relacionarse con nuestro "doble estadístico" (el perfil armado a partir de datos cruzados automáticamente). El problema, entonces, no es que nos "roben" información íntima, sino que ese doble estadístico funciona de manera eficaz sin tener ninguna relación real con nosotros como sujetos: a diferencia de la ley (que produce sujetos de derecho) o de la confesión (que producía sujetos que se reconocían a sí mismos), el gobierno algorítmico no le da lugar a ningún sujeto que pueda reflexionar, legitimarlo o resistirle, porque directamente no necesita interpelar a nadie como sujeto para funcionar.

Este tipo de gobierno actúa sobre el futuro más que sobre el presente. No espera a que cometamos una infracción para intervenir (como hace la ley penal), sino que anticipa nuestras tendencias antes de que se manifiesten, ofreciéndonos un futuro "a medida" en el que solo tenemos que dejarnos llevar. A diferencia de la ley, que se declara públicamente y que se puede desobedecer aceptando el riesgo de una sanción, esta normatividad estadística nunca se presenta de forma explícita ni discutible, lo que hace mucho más difícil desobedecerla. Aunque parezca neutral y pasiva, en realidad esta forma

de gobierno también crea la realidad que dice solo registrar: genera necesidades de consumo y le resta importancia a la política, porque si todo está anticipado de antemano ya no hace falta decidir ni debatir frente a la incertidumbre.

Relaciones, individuos y la pregunta por lo común

Lo que gobierna la gobernabilidad algorítmica no son los individuos sino las relaciones. Los datos que se transmiten son relaciones, los conocimientos que se generan son relaciones entre relaciones, y las acciones que resultan de todo esto actúan sobre relaciones o entornos, no sobre personas puntuales. Este modo de gobernar ya no organiza el mundo alrededor de jerarquías fijas ni de la idea de un "hombre normal" o promedio, sino en redes de relaciones cambiantes entre datos, siempre en movimiento y ajustándose en tiempo real. Podría parecer entonces que esto abre espacio a algo más libre y horizontal, sin categorías rígidas que encasillen a las personas. Sin embargo, esa apariencia de apertura es engañosa. Lo que realmente permite que algo nuevo surja entre las personas es justamente la posibilidad del tropiezo, de lo imprevisto, de la incertidumbre; y es precisamente eso lo que la gobernabilidad algorítmica busca eliminar. Al anticipar y ajustar constantemente los comportamientos posibles a partir de datos ya existentes, cierra lo real sobre sí mismo y reduce todo lo que podría pasar a lo que ya es calculable y probable.

De ahí surgen tres problemas centrales. Primero, cada persona queda fragmentada en múltiples perfiles que se relacionan solo con ella misma (con sus propias propensiones, deseos supuestos, riesgos), pero ya no hay ahí una verdadera relación con otro distinto: falta la alteridad. Segundo, si la oferta personalizada anticipa nuestros deseos antes de que los formulemos nosotros mismos, se vuelve difícil hablar de libertad real en esas elecciones. Y tercero, al excluir deliberadamente todo lo que podría ocurrir de manera imprevista, estas relaciones dejan de poder contar ninguna historia genuina: no hay lugar para que alguien se proyecte, se transforme o se convierta en otra cosa de la que ya es. Por eso, aunque la gobernabilidad algorítmica rompe con las viejas jerarquías, no logra ser realmente emancipadora. Lo que hace posible la libertad y lo común entre las personas no es borrar las diferencias entre ellas, sino sostener esa heterogeneidad, esa falta de coincidencia que nos obliga a relacionarnos, a contarnos unos a otros y a proyectarnos hacia lo que todavía no somos.

Referencia al texto original:

Rouvroy, Antoinette, y Berns, Thomas. (2018). Gobernabilidad algorítmica y perspectivas de emancipación: ¿lo dispar como condición de individuación mediante la relación? ***Ecuador Debate***, (104), 123–147.